

por dispensa, aunque los canones exigian veinticinco, y á los treinta ascendió al sacerdocio. Desde entonces se aplicó principalmente á trabajar la Santa Escritura, y por exhortacion de muchos personajes célebres que conocian su mérito, publicó sucesivamente unas explicaciones de la epístola de San Juan y del Apocalipsis, unos comentarios sobre los Actos de los apóstoles, los Evangelios de San Marcos y San Lucas, las epístolas de San Pablo y muchos libros del antiguo Testamento. Escribió la historia eclesiástica de Inglaterra á instancias del abad Albano, discípulo de San Teodoro, de Cantorbery, que se encargó de proporcionarle excelentes memorias sobre los orígenes de aquella Iglesia primacial. El presbítero Nortelmo, que hizo el viaje de Roma, le trajo tambien copias auténticas de las cartas de San Gregorio y de otros muchos Papas. Daniel, obispo de Winchester, le suministró memorias relativas á las Iglesias de Wessex y Sussex. Los monges de Lestington le manifestaron lo que concernia á la conversion de los mercios é ingleses orientales. En cuanto al reino de Nortumbria, ademas de lo que sabia por sí mismo, consultó á muchas personas instruidas, principalmente á los monges de Lindisfarne. Esta historia se divide en cinco libros: el primero se extiende desde la conquista de la Bretaña por los romanos hasta la muerte de San Gregorio el Grande: los otros comprenden lo que habia pasado desde esta época hasta el año 731. Añadió á su historia un compendio cronológico que contiene la fecha de los principales hechos, y termina con un catálogo de sus obras. Nos quedan de él, ademas de las que acabamos de citar, un martirologio muy célebre, la vida de varios santos, entre otras la de San Ceolredo y Benito Bisop, un tratado del equinoccio y del año bisesto para hallar el dia de la Pascua, algunos tratados sobre las ciencias y las artes liberales, muchas humillias y algunas otras obras menos importantes. Su nombradía ha hecho que se le atribuyan muchas que no son suyas. El tratado de los tiempos á de las seis edades del mundo, le atrajo cargos muy fuertes, y hasta le expuso á ser acusado de herejía por algunas personas ignorantes. Era una opinion muy común que provenia originariamente de los judios, que la duracion del mundo estaba limitada á seis mil años, formando seis épocas de mil años cada una, y que la venida del Mesías se habia fijado en la sexta. Como en este tratado preferia Beda con San Gerónimo la cronologia del texto hebreo á la de los Setenta, se le acusó de que prestaba armas á los judios y daba margen á creer que no habia venido aún el Mesías, porque el texto hebreo no cuenta cinco mil años hasta el nacimiento de Jesucristo. Beda se justificó con una carta apologética, en que hizo ver que la opinion vulgar no tenia ningun fundamento, y que debia fijarse por conjeturas la época del fin del mundo que Dios ha querido occultarnos. Este ilustre doctor murió el año 735, á los setenta y tres de su edad. Estaba traduciendo el

Evangelio de San Juan en inglés, y todavía dictó algunos trozos el dia de la Ascension, que fué el último de su vida. A la hora de nona, conociendo que se aproximaba su fin, llamó á los sacerdotes del monasterio, les hizo algunas dádivas, se encomendó á sus oraciones y sacrificios, mandó que le tendieran en el suelo, y exhaló el último suspiro cantando el *Gloria Patri*. La Iglesia le cuenta entre los santos; pero se le distingue mas comunmente con el título de venerable que se daba entonces á los monges mas santos, y es enteramente idéntico al de reverendo que hoy se da á todos los religiosos.

La lectura de la historia de Beda, hizo tal impresion en Ceodulfo, rey de Nortumbria, á quien aquel la habia dedicado, que abdicó la corona en el año 737, y entró monge en Lindisfarne bajo la direccion de San Cutberto. Dió muchas heredades y considerables sumas á este monasterio; pero con esta ocasion se relajó la antigua observancia, porque se permitió el uso de vino y cerveza, en vez que antes no se bebía mas que agua y leche. Aquel príncipe murió al cabo de veintidos años, y mereció por sus virtudes ser colocado en el número de los santos. Hacia la misma época, Iná, rey de los sajones occidentales, abrazó la vida monástica con el consentimiento de su muger Eteburga, que entró asimismo religiosa. Ina habia hecho la peregrinacion de Roma algunos años antes, y fundado en aquella ciudad un colegio inglés, para cuyo sosten impuso un tributo de un sueldo por cada casa en su reino.

La herejía de los iconoclastas, una de las mas funestas que han afligido á la Iglesia, se habia propagado en Oriente, y hacia cada dia nuevos progresos por la influencia y tiranía de Leon el Isáurico que se habia declarado su protector. Este error tuvo origen entre los eutiquianos, y le adoptaron los musulmanes, cuya ignorancia tachaba de idolatria el culto de las imágenes. Un judío de Laodicea en Fenicia, fué á buscar al califa Yesid, sucesor de Omar, el año 723, y le prometió larga vida si destruía la idolatria en sus Estados, borrando todas las imágenes de las iglesias y vasos sagrados de los cristianos, y todas las figuras que servian de ornamento de las ciudades. El califa comunicó órdenes al efecto; pero murió al año siguiente, y su sucesor la revocó. Walid, su hijo, que reinó diez y ocho años despues, mandó quitar la vida al impostor en los tormentos. Otro judío habia seducido á muchas personas en la Siria, fingiéndose el Mesías. Con esta ocasion dió órdenes el emperador Leon para obligar á los judios á bautizarse: del mismo rigor usó con los montanistas, muchos de los cuales desesperados se quemaron en sus iglesias. Sin embargo, este príncipe adoptó las preocupaciones de los judios y musulmanes contra las imágenes, y le mantuvieron y confirmaron en ellas algunos obispos y un sirio llamado Vesper, que apreado por los musulmanes apostató por alcanzar su libertad. Leon miró una erupcion volcánica ocurrida en el archipiélago

go el año 726 como una señal de la cólera de Dios, irritado, según él decía, del honor que se tributaba á las imágenes de Jesucristo y de los santos. Creyendo bastante afirmada su autoridad con las victorias que habia ganado á los sarracenos, determinó manifestar públicamente su heregía, y á principios del año siguiente declaró en presencia del pueblo y del senado que no se podian hacer imágenes ni venerarlas sin incurrir en la idolatría. Los murmullos que de todas partes se levantaron, no le dejaron pasar adelante, y aun se vió obligado á moderar sus aventuradas proposiciones. El patriarca German con especialidad mostró el horror que semejante doctrina le causaba, y oponiéndole la práctica de la Iglesia que habia aprobado el culto de las imágenes en todo tiempo, protestó que estaba pronto á dar su vida por defenderlas.

Entre los obispos fautores de los iconoclastas, se distinguía particularmente Constantino, obispo de Nicolae, en Frigia, que se habia mostrado el primero y mas ardiente propagador de esta heregía. San German habia tentado todos los medios de atraerle, y aun se conserva una carta que escribió á Juan, de Simnadio, metropolitano de aquel obispo, para participarle el resultado de una conferencia que habia tenido con este objeto. Despues de exponer los sentimientos de Constantino, refiere el santo patriarca lo que le respondió en estos términos: "La fé del cristianismo y su adoracion no se refieren sino á Dios, según está escrito: Adorarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás. Nosotros no adoramos á las criaturas, no lo permita Dios, ni tributamos á siervos como nosotros los homenajes que únicamente se deben á la magestad divina. Cuando nos postramos ante los príncipes de la tierra, como el profeta Natan ante David, no es para adorarlos; y cuando permitimos hacer imágenes, no es para alentar la pureza del culto divino, ni las hacemos para representar la divinidad invisible, que los ángeles mismos no pueden comprender. Pero porque el Hijo de Dios se dignó de hacerse hombre por nuestra salvacion, hacemos nosotros la imagen de su humanidad para fortalecer nuestra fé, y mostrar así que tomó realmente nuestra naturaleza. Saludamos y reverenciamos sus imágenes para recordarnos la memoria de su Encarnacion. Igualmente trazamos la imagen de su Santa Madre, para hacer presente que siendo muger de la misma naturaleza que nosotros, concibió y parió al Todopoderoso. Honramos tambien á los apóstoles, los mártires, los profetas y todos los santos que se han hecho amigos de Dios para siempre, y recordamos por medio de sus imágenes la memoria de sus virtudes para movernos á imitarlas. No nos figuramos que participan de la naturaleza divina, ni les damos el culto de adoracion que, no se debe mas que á Dios, sino solamente queremos manifestar los sentimientos de respeto que profesamos hácia ellos, y grabar por medio de la pintura las verdades que nos enseñaron por la predicacion, porque hallándose unida nuestra alma á

un cuerpo, necesitamos recurrir á medios sensibles para hacer mas viva impresion en ella. Este obispo nos ha declarado por fin delante de Dios que admitia esta creencia, y que no diria ni haria nada en contrario. Así, todo lo que tenéis que hacer es leer esta carta en su presencia, y obligar á que dé formalmente su adhesion."

Las impiedades de Constantino habian excitado una indignacion general en su provincia, y si al parecer desistió de ellas en Constantinopla, fué por evitar ó suspender la condenacion de que se veia amenazado. Era portador de la carta escrita por el patriarca á su metropolitano; pero se guardó bien de entregarla ó remitirla. Apenas lo supo San German, le reprendió fuertemente y le entredijo toda funcion episcopal hasta que entregase la carta y firmase su retractacion. Tenemos otra carta del santo patriarca, escrita á Tomás, de Claudiópolis, que tambien se habia declarado contra las imágenes. Echale en cara primeramente su vacilacion, y se queja de que habiendo guardado silencio sobre este punto en las conferencias que habian tenido juntos, mandó despues quitar las imágenes de su Iglesia, con gran escándalo de los pueblos, y dió así un pretexto á las calumnias de los infieles. "No es nuevo, añadía, que los judíos y los idólatras nos hagan cargos en esta parte sin otro designio que calumniar nuestra fé, porque poco cuidado les da apartarnos de las obras de los hombres, siendo así que su culto no tiene otro objeto. ¿No se sabe que los musulmanes veneran supersticiosamente la piedra negra de la Casaba, en la Meca, á donde miran como un deber ir en peregrinacion? Los idólatras se figuran hacer un Dios, cuya existencia está unida á la figura que le representa, y el culto que le dan abunda en disoluciones. Pero cuando nosotros adoramos las imágenes de Jesucristo, no se dirige nuestro culto á la materia ni á los colores, sino á Dios invisible que reina en la gloria del Padre. Estas imágenes y las de los santos, no sirven mas que para excitarnos á la virtud, como lo harian los discursos de los hombres de bien. Si esta antigua costumbre nos llevara á la idolatría, ¿cómo no habia de haberse abrogado en los concilios ecuménicos que se han celebrado desde el fin de las persecuciones, y que han hecho decretos sobre objetos mucho menos importantes? El que prometió á los apóstoles estar con ellos hasta el fin de los siglos, extendió esta promesa á los obispos que debian gobernar la Iglesia despues de los apóstoles. Y una vez que declaró que estaria en medio de dos ó tres reunidos en su nombre, ¿hubiera abandonado sin inspiracion unas asambleas tan numerosas convocadas para tratar de los intereses de la religion? San German responde despues á las objeciones de los iconoclastas, y hace ver que el culto dado á las imágenes se refiere al mismo Dios. Por último, para demostrar la santidad de este culto, alega los milagros que se ha complacido Dios en obrar por medio de las imágenes, y señaladamente por una de la Santísima Virgen en Sozópolis de Pisidia.

No habla mas que de las imágenes de pintura, porque no habia otras en las iglesias, segun el uso que los griegos conservan aún; pero los principios que sienta deben aplicarse tambien á las estatuas y esculturas.

El santo patriarca no dejó de escribir al Papa sobre una cuestion tan importante, y Gregorio II amplió en su respuesta el vigor con que defendia la doctrina de la Iglesia. "Esta, le dice, piensa y obra como vos; y quién se atreverá á acusarla de haber incurrido en el error ó en la supersticion? Se llaman ídolos los retratos fantásticos de lo que no es, de lo que no existe mas que en las fábulas y en la imaginacion de los paganos. Si las profecias no se cumplieron con la Encarnacion del Hijo de Dios, no debe pintarse lo que no ha sido; pero una vez que todo ha pasado realmente, que Jesucristo nació, hizo milagros, padeció y resucitó, ¡ojalá que el cielo y la tierra con todos los objetos que encierran, se empleasen en referir estas maravillas de palabra, por escrito ó por la pintura!"

El atentado de Leon contra las imágenes, causó tal escándalo en todo el imperio, que los pueblos de la Grecia y de las islas vecinas tomaron ocasion de ahí para rebelarse. Agaliano, que mandaba en aquella provincia, marchó con una flota contra Constantinopla el año 727, para proclamar un nuevo emperador; pero fué derrotado completamente, y se arrojó al mar por no caer en manos del vencedor. Este triunfo estimuló al emperador Leon para perseguir á los católicos. Como era demasiado ignorante para comprender la diferencia del culto relativo y del culto absoluto, tachaba de idólatras á la multitud de obispos y fieles, y desechaba con las imágenes la intercesion de los santos y la veneracion de las reliquias. Redobló sus esfuerzos para seducir al patriarca German, quien por su parte no omitió diligencia para hacerle abandonar su impiedad, recordándole que habia prometido al tiempo de coronarse no innovar en manera alguna la tradicion de la Iglesia. Pero este juramento no hizo mella en el emperador, quien procuró en sus conversaciones con el patriarca tenderle lazos y arrancarle algunas palabras ofensivas para tener un pretexto de deponerle como sedicioso. Ayudábale Anastasio, discípulo del santo, que habia entrado en el partido de los iconoclastas con la promesa de la silla de Constantinopla. Inútiles fueron las reflexiones de San German á este discípulo ambicioso; y como al entrar un dia juntos en la habitacion del emperador, le hubiese pisado la tónica Anastasio que iba detras, le dijo el santo: "No os apresureis demasiado: pronto entrareis en el hipódromo." Mas adelante se verá el cumplimiento de esta prediccion.

El emperador celebró un consejo á principios del año 730, y extendió un edicto en forma contra las imágenes, y estrechó fuertemente al patriarca para que suscribiese á él; pero San German se resistió con firmeza, declarando que mas queria perder su dignidad que consentir en innovaciones sacrílegas. El emperador, enfureci-

do con esta resistencia, hizo que le arrojaran del palacio patriarcal unos hombres armados, que le trataron bárbara é indignamente: retiróse German á una casa de campo de sus padres, y allí murió el año 733, á la edad de mas de ochenta. Habia compuesto algunos escritos, de que no quedan sino fragmentos. En su lugar fué elegido Anastasio, y teniendo ya el emperador un patriarca de toda su devocion, comenzó á ejecutar á la fuerza el decreto contra las imágenes.

Habia en el vestibulo de palacio una muy venerada que representaba á Jesucristo en la cruz; decíase que Constantino el Grande la habia mandado hacer en memoria de la cruz que se le apareció en el cielo, y se contaban muchas maravillas de ella. El emperador envió á su escudero Jovino para romperla: inútiles fueron los esfuerzos de unas mugeres que se hallaban presentes para impedir aquel sacrilegio; mas cuando el oficial, subido en una escalera, estaba descargando hachazos sobre la santa imagen, tiraron de la escalera, le dejaron caer y le mataron. Sin embargo, la imagen fué destruida, y en su lugar mandó el emperador poner una simple cruz que los iconoclastas no tenían reparo en honrar, con tal que no hubiese figura humana. Las mugeres y otras diez personas fueron condenadas al último suplicio: la Iglesia griega las venera como mártires (1).

El emperador, ignorante y enemigo de las ciencias, persiguió en especial á los hombres distinguidos por sus luces, y abolió las escuelas de sagradas letras, entre otras, la que existia cerca de la biblioteca de palacio. Esta, fundada en tiempo de Constantino y enriquecida con un número considerable de volúmenes, estaba encargada á un hombre de raro mérito, que tenia á sus órdenes otros doce bibliotecarios para enseñar gratuitamente la religion y las ciencias profanas. La capacidad de éstos era reconocida tan universalmente, que los emperadores se habian impuesto la ley de no emprender nada sin consultarlos. Leon empleó inútilmente las promesas y las amenazas para hacerlos aprobar su heregia; y al fin, habiéndolos encerrado en la biblioteca, mandó poner al rededor haces de leña, y la quemó con los libros y los bibliotecarios. Luego quiso obligar á todos los habitantes de Constantinopla á destruir las imágenes en las iglesias ó en otra parte; y como los mas se resistian á obedecer, dió orden de cortar la cabeza á muchos, así clérigos como monges ó legos, y mutilar á otros infinitos, de modo que en esta ocasion hubo multitud de mártires.

No contento con ejercer sus impiedades en Oriente, envió tambien á Italia el decreto contra las imágenes; amenazando al Papa si se oponia á su ejecucion. Ya habia intentado muchas veces asesinarle para poner en su lugar un Pontífice mas sumiso á su volun-

(1) Theoph. Chron.—Greg. III Epist.



dos han invadido ó amenazado todas vuestras ciudades, ¿no sabeis que necesitáis vos mismo de la mediación de los Papas para conservar los débiles restos de vuestro imperio en Occidente? ¿Qué puedo yo temer de vos? Me basta ir á una legua de Roma hacia la Campania para estar fuera de vuestro poder.” En la segunda carta responde el Papa Gregorio con la misma energía á todas las pretensiones del emperador, y hace resaltar admirablemente la distinción del imperio y del sacerdocio, manifestando que los obispos reciben de Jesucristo un poder independiente que se ejerce sobre las almas para purificarlas ó sujetarlas á penas espirituales, y que los príncipes, lejos de tener el derecho de entrometarse en las cosas santas ó administrarlas, no pueden ni aún participar de ellas sin el ministerio sacerdotal.

Llevó estas cartas á Constantinopla el presbítero Jorge, quien no tuvo valor de presentárselas al emperador, y volviéndose á Roma confesó su debilidad: el Papa congregó un concilio para deponerle; con todo, á ruego de los obispos se contentó imponerle penitencia, y le despachó á Constantinopla con las mismas cartas. Mas el emperador mandó detenerle en Sicilia, donde permaneció Jorge por el espacio de un año. Habiéndolo sabido el Papa reunió un concilio en Roma el año 732, al que asistieron noventa y tres obispos, entre otros el patriarca de Grado y el arzobispo de Ravena: también fueron admitidos los sacerdotes, diáconos y todo el clero de Roma, los magistrados y hasta el pueblo. En este concilio se decretó que cualquiera que despreciando el uso de la Iglesia tocante al culto de las santas imágenes las destruyera ó profanara, ó hablara de ellas con desprecio, fuese privado de la participacion del cuerpo y sangre de Jesucristo, y separado de la comunión de la Iglesia. El Papa notificó al emperador esta decision por cartas; pero el defensor Constantino que las llevaba, fué detenido como el presbítero Jorge, y encerrado en una estrecha prision de donde no salió hasta de allí á un año. Toda la Italia en cuerpo dirigió una representacion al príncipe herede, que se negó á recibirla: por último, otras cartas del Papa tampoco produjeron ningun efecto. Al contrario el emperador, cada vez mas irritado, envió una flota á Italia; pero una borrasca la dispersó y destruyó casi enteramente. Aumentó en un tercio la capitation de la Sicilia y la Calabria, donde subsistia aún su dominacion, y confiscó en todo el territorio de su obediencia el patrimonio de San Pedro, que ascendia á mas de doscientas mil libras. Persiguió á los católicos con nuevo encarnizamiento en Oriente, condenándolos á destierro, prision y tormentos; pero sin sentenciarlos á muerte porque no fuesen honrados como mártires. Los griegos han insertado en sus martirologios los nombres de los que padecieron en esta persecucion de los iconoclastas; pero puede ser que hayan contado algunos que padecieron en tiempo de otros príncipes, y en efec-



SAN JUAN DAMASCENO

to se ha confundido á veces á Leon el Isáurico con Leon el Arme-  
nio, que no reinó hasta el siglo siguiente (1).

La fé católica tenia entonces un elocente defensor, tanto mas  
capaz de servir útilmente á la religion, cuanto que no estaba bajo  
la dominacion del emperador. Llamábase Juan, por sobrenombre  
Crisorrhao entre los griegos, y Mansur entre los árabes; pero entre  
los latinos se le conoce mas con el de Damasceno, porque era natu-  
ral de Damasco. Su padre, tan distinguido por sus virtudes como  
por su opulencia, cuidó de instruirle en todas las ciencias, y sobre  
todo en la de la religion. Su mérito determinó al califa á elegirle,  
aunque cristiano, para consejero suyo; pero Juan dimitió mas ade-  
lante este empleo, y renunció todos sus bienes por abrazar la vida  
religiosa en el monasterio de San Sabás cerca de Jerusalem. Se or-  
denó sacerdote en edad avanzada, y murió por los años de 760.

En cuanto tuvo noticia del decreto del emperador Leon contra  
las imágenes, escribió un discurso en defensa de estas, en el que  
responde con tanta energia como verdad á todas las objeciones de  
los iconoclastas. Sienta primeramente como principio, que pres-  
cindiendo de la Escritura, hasta la tradicion constante y universal  
para autorizar el culto de las santas imágenes; que en efecto la  
Iglesia no puede equivocarse, ni puede sospechársela de un error  
tan detestable como la idolatría. Entrando luego en materia, hace  
ver que la prohibicion de tener imágenes, impuesta á los judíos, iba  
dirigida solamente á apartarlos de dar á las criaturas y á las cosas  
sensibles el culto que no se debe sino á Dios; que la causa, ademas  
de la inclinacion de aquel pueblo á la idolatría, era la imposibili-  
dad de expresar con figuras ó colores la naturaleza incorpórea de  
la divinidad; pero que habiéndose hecho Dios visible con tomar  
nuestra naturaleza, es permitido representar su nacimiento, batis-  
mo, pasion, sepultura, resurreccion y los otros misterios de la En-  
carnacion. Despues distingue dos especies de culto: uno soberano  
ó de latría, que pertenece y se tributa solo á Dios, y el otro rela-  
tivo ó inferior, que damos con la mira de Dios á sus amigos y si-  
ervos, ó á las cosas que le están consagradas. "¿Creeis, pregunta este  
ilustre doctor, que Dios se contradice en lo que manda? Si prohi-  
be toda imágen, por qué hace cubrir el propiciatorio con querubi-  
nes formados por la mano de los hombres? ¿El tabernáculo enton-  
ro no era, como dice el Apóstol, la figura, y la sombra de las cosas  
celestiales? El sagradoadero de la verdadera cruz, el Calvario,  
el santo sepulcro, los Evangelios, la santa mesa, el oro y la plata  
de que se hacen las cruces y los vasos sagrados; en fin, el cuerpo  
y la sangre de nuestro Señor, ¿todo esto no es material? Suprimid,  
pues, el culto y la veneracion de todas estas cosas, ó convenid que  
se pueden honrar las imágenes de Dios encarnado y de sus ami-

(1) Anast. Vit. Greg. III.—Theoph. Chron.

gos. El ceñidor y hasta la sombra de los apóstoles curaba á los enfermos y arrojaba á los demonios: ¿por qué su imagen no ha de ser un objeto de veneración? O no veneréis nada material, ó guardaos de conmovér los límites puestos por nuestros padres. Ha habido hasta aquí algunos obispos y emperadores igualmente distinguidos por su piedad y luces: se han tenido muchos concilios: ¿de dónde procede que nadie hasta vos ha clamado contra el uso de las imágenes? No consentiremos que se varíe lo que se ha creído y practicado anteriormente, y que nuestra fé varíe según los tiempos, para que los infieles no la miren como una cosa arbitraria, sin fundamento y sin regla.<sup>29</sup> San Juan Damasceno cita al fin de este discurso algunos pasajes de San Basilio, San Juan Crisóstomo y otros muchos Padres en favor del culto de las imágenes; y como los iconoclastas se autorizaban con una carta atribuida á San Epifanio, en que decía que él había destruido una imagen en su iglesia, responde que no es cierta la autenticidad de esta carta: que además, el santo obispo pudo obrar así para corregir algunos abusos; y por último, que el uso de las imágenes, perpetuado siempre en su Iglesia, prueba bastante que no trató de abolirlas. A este discurso siguieron á poco tiempo otros dos, en los cuales San Juan Damasceno explicó las mismas razones, y presentó también muchos pasajes de los Padres contra la doctrina de los iconoclastas. Clamó, sobre todo, vigorosamente, á ejemplo del Papa, contra las pretensiones y atentados sacrilegos del emperador, demostrando que no toca á los príncipes sino á los obispos solos fallar en materias de religión. Nos quedan otras muchas obras de este ilustre doctor, sobre el dogma, la moral ú otros asuntos. El mas considerable de sus escritos dogmáticos es el tratado de la fé ortodoxa, que contiene el conjunto de la teología explicada, según el método de Aristóteles, y que ha servido de modelo á la mayor parte de nuestros autores eclesiásticos. Está dividido en cuatro libros: el primero trata de la naturaleza de Dios y sus atributos, y del misterio de la Trinidad; el objeto del segundo son las obras de la creación, á saber; los ángeles, el hombre y el mundo. San Juan Damasceno se extiende mucho en hablar de las facultades del hombre, y en particular de la libertad: al mismo tiempo trata de la Providencia; demuestra que las acciones humanas, aunque objeto de la presencia divina, no están sujetas á una predestinación necesitante; y concluye este libro con lo que mira á la caída del hombre. En el tercero trata de la Encarnación, y en el cuarto de los sacramentos, de la oración, del culto de los santos y de las imágenes, y de algunas otras cuestiones particulares. Acerca de la Eucaristía se hallan los testimonios mas claros y formales sobre la presencia real y la transustanciación. Entre las otras obras dogmáticas citaremos un diálogo entre un cristiano y un musulmán, otro entre un católico y un maniqueo, varios tratados contra los eutiquianos y los

monotelitas, y un discurso sobre la utilidad de la oración por los muertos. También puede ponerse en esta clase el tratado de las heregias, en que defiende la doctrina católica contra las novedades de los sectarios. Este libro comprende ciento y tres heregias, en otros tantos capítulos, de los cuales los ochenta primeros no son mas que un compendio de San Epifanio. San Juan Damasceno expuso las principales máximas de la moral, en su obra intitulada *Paralelos*, en la que á las reglas sacadas de la Escritura se siguen pasajes explicatorios de los Padres. También compuso una lógica y otros escritos sobre la filosofía. Por último, quedan varias homilias y algunas obras de piedad del mismo, y es el autor de una parte de los himnos que cantan los griegos en su oficio.

El Papa Gregorio III, para confirmar mejor la fé de los pueblos contra el escándalo causado por los iconoclastas, multiplicó las santas imágenes en muchas iglesias de Roma, que reparó y enriqueció de vasos de oro y de muchos ornamentos preciosos. Mandó poner seis columnas de mármol en la basílica de San Pedro, y los arquiteabes cubiertos de plata sostenian, por un lado la figura del Salvador con sus apóstoles, y por otro la de su Santa Madre con muchas vírgenes. Hizo construir un oratorio en honor de todos los santos en la misma iglesia, al lado de los hombres, y puso muchas cruces y una imagen de la Santa Virgen, que llevaba una corona guarnecida de piedras preciosas. En el oratorio del pesebre, en Santa Maria la Mayor, colocó una estatua de la Virgen con su Hijo, y en la iglesia de San Andrés una estatua de este apóstol, los dos de oro y piedras preciosas. Dispuso que de su palacio se ministraran las luces y oblatos para celebrar la misa en las iglesias de los cementerios en las fiestas de los mártires. También asignó ofrendas á la iglesia de San Pablo para. Las cinco misas que se decían todos los días, y edificio, reparó á dotó muchos monasterios, imponiendo á los religiosos la obligación de cantar los oficios diurno y nocturno en las iglesias conguñas. Por último, para velar por la seguridad del pueblo, reedificó una parte de las murallas de Roma, y por una suma cuantiosa rescató del poder del duque de Espoleto un castillo que servía para hostilizar el territorio del imperio.

Habiendo sabido San Bonifacio la elección de Gregorio III, le escribió para darle cuenta de su misión y consultarle sobre varios puntos. El Papa le concedió el palio y el título de arzobispo, y le envió reliquias y otros presentes con una carta en que responde á sus consultas. Le encomienda que nombre obispos según las necesidades de los fieles; que extinga la costumbre de comer carne de caballo, subsistente entre los bárbaros convertidos; que imponga la penitencia de los homicidas á los que vendan sus esclavos á los paganos para inmolarlos; que disuada en cuanto pueda á los nuevos cristianos de contraer cuartas nupcias, y que prohíba los matrimonios entre parientes hasta el sétimo grado. Asimismo manda

bautizar en nombre de la Santísima Trinidad á los que hayan sido bautizados por paganos, ya tal vez porque estos confriesen el bautismo á nombre de sus ídolos, ya por otras razones que hacian dudosa su validez: porque no ha llegado á nuestros dias la consulta de San Bonifacio para conocer las circunstancias de los casos propuestos (1).

Por este tiempo fundó el santo misionero los monasterios de Frislar y de Hamaburgo en la Hesse, y puso por abad en el primero á San Wigberto, sacerdote inglés, que habia ido á auxiliarle en sus tareas. Estos dos monasterios debian servir las iglesias que habia fundado en los mismos lugares. Despues pasó á la Baviera, cuya Iglesia habia perturbado un herege llamado Ermenvolf despues de la muerte de San Corbiniano, y procuraba atraer al pueblo á las supersticiones de la idolatria. San Bonifacio le condenó, segun los cánones, y le obligó á salir del pais; y restablecida la disciplina en todas partes volvió á su mision. De allí á poco tiempo escribió sobre los impedimentos del matrimonio á Nortelmo, arzobispo de Cantorbery, rogándole que le enviara copia de las cuestiones del obispo San Agustín, con las respuestas de San Gregorio el Grande, en que se decia que los fieles pueden casarse en el tercer grado. "Pero examinad cuidadosamente, añadia, si este escrito es de San Gregorio, porque los que custodian los archivos de la Iglesia romana, aseguran que despues de haberle buscado entre las otras cartas del mismo Papa, no le han encontrado. Os pido tambien vuestro parecer sobre el matrimonio de un hombre que ha sacado un niño de pila, con la madre de éste ya viuda. Los romanos mandan á las partes separarse, y dicen que en tiempo de los emperadores cristianos se castigaria como un crimen capital semejante matrimonio. Os ruego me comuniquéis lo que hayais aprendido sobre este punto en los cánones de los Padres, ó en la Escritura." Consultó á un obispo de Nortumbria sobre la misma cuestion, y envió estas cartas por el presbítero Eoba, su discípulo, que llegó á ser obispo de Utrecht. Este presbítero llevó muchas cartas de los mas altos personajes de Inglaterra, entre otros de los reyes de Wessex y Estanglie, que se encomendaban á las oraciones de San Bonifacio.

Este hizo su tercer viage á Roma en el año 738, y pasó la mayor parte de él en la Italia. Por todas partes recibió muestras extraordinarias de respeto de los pueblos, que salian presurosos á su encuentro, y le acompañaban por obsequiarle. El Papa le recibió con distincion, le colmó de presentes, y al tiempo de su partida le entregó cartas de recomendacion, en las que exhortaba á todos los obispos y abades á que le dieran operarios apostólicos para su mision. Mandó en particular á los obispos de la Germania, á saber; Vigon, de Augsburguro, Luidon, de Spira, Rodulfo, de Constanza,

(1) *Vit. S. Bonif.—Epiet. Creg. III.*

Vivilon, de Passau y Adda, de Strassburgo, que reconocieran la autoridad del santo arzobispo, que se reunieran con él en concilio, y tomaran medidas para acelerar los progresos de la fe y mantener la pureza de la disciplina. Durante su mansion en Roma, persuadió el santo misionero á varios ingleses que fueran á auxiliarle, entre otros, á San Vilibaldo y San Vunebaldo, hermanos, que eran sus parientes. Estos habian ido á Italia por los años de 720, con su padre Ricardo, que murió en Luca, donde es venerado como santo. A los dos años hizo Vilibaldo la peregrinacion de la tierra santa, y volvió á los siete á ejercitarse en la práctica de las virtudes monásticas, bajo la direccion del abad Petronax, en el monte Casino. Vunebaldo permaneció siete años en Roma instruyéndose en las ciencias eclesiásticas, y luego volvió á Inglaterra, de donde llevó á poco tiempo otro hermano, cuyo nombre se ignora. Convidado por San Bonifacio para tomar parte en sus tareas, no tardó en seguirle con su hermano y otros muchos ingleses, entre los cuales se cita á San Sebald, que es venerado como apóstol de Noremburga. Pronto fué á reunirse con ellos San Vilibaldo, por órden del sumo Pontífice, á quien le habia pedido San Bonifacio.

De vuelta á Germania, el santo arzobispo se detuvo algun tiempo en la Baviera, de donde hizo ochar á varios seductores, que tomando falsamente el titulo de sacerdotes ú obispos, pervertian á los pueblos con su mala doctrina y los escandalizaban todavia mas con su vida licenciosa. Dividió la provincia, de acuerdo con el duque, en cuatro diócesis, cuyas sillas fijó en Salzburgo, Prisinga, Ratisbona y Passau: puso en esta última á Vivilon, consagrado ya por el Papa, y él consagró obispos para las otras tres Iglesias. Dio cuenta de lo que acababa de hacer al Papa Gregorio III, el qual confirmó la ereccion de los nuevos obispados. "Damos gracias á Dios, le decia el sumo Pontífice, porque habéis convertido hasta cien mil almas en la Germania con la ayuda de Carlos, principe de los franceses; pero como estos cristianos forman todavia el menor número en esas regiones, debéis predicar donde quiera que Dios os abra camino, y consagrar obispos por nuestra autoridad en los lugares que os parezca conveniente."

Viendo Luitprando, rey de los lombardos, que el poder imperial se debilitaba de dia en dia en Italia, trató de aprovecharse de las circunstancias para extender su dominacion; y so pretexto que los romanos habian favorecido á los duques de Espoleta y Benevento, á quienes acusaba de rebelion, invadió las provincias del imperio, se apoderó de cuatro ciudades, y fué á sitiar á Roma. El Papa Gregorio III, no esperando ningun auxilio del emperador, se dirigió á Carlos Martel, y en el año 741 le envió embajadores con reliquias y otros presentes para reclamar su proteccion, prometiéndole en recompensa y á nombre del senado y pueblo, que le reconociera por soberano, le conferiria el consulado, y renunciaria á la dependencia del



emperador. "Estamos sumidos, le escribía, en la mas profunda afliccion por la violencia de los lombardos que nos han despojado de lo poco que nos quedaba para el sustento de los pobres y la conservacion de las iglesias: han arruinado las granjas de San Pedro, y llevándose todo el ganado que habia. En vano hemos solicitado vuestra ayuda, y aquellos no cesan de insultarnos diciéndonos: "¡Habeis recurrido á Cárlos; que venga ahora con sus franceses á sacarnos de nuestras manos." No creais los informes falsos de los lombardos, y para cercioraros de la verdad, enviad aquí alguna persona de confianza que vea con sus ojos la persecucion que sufrimos, el oprobio de la Iglesia, el saqueo de sus bienes y las lágrimas de los peregrinos." El Papa concluía suplicándole encarecidamente por el juicio de Dios que no prefiriera la amistad de los lombardos á la del principe de los apóstoles (1).

Las guerras á que estaba expuesta la Francia, no permitian á Cárlos Martel romper con los lombardos y conceder al Papa los auxilios que solicitaba. Los sarracenos habian invadido la Galia narbonense y la Provenza en el año 737, y expulsados volvieron en el de 739 con mas crecidas fuerzas y tomaron á Marsella, Avinion, Embrun, Viena y otras varias ciudades. Para rechazarlos reclamó Cárlos Martel la ayuda del rey Luitprando, que acedió presuroso con todo su ejército. Los sarracenos no se atrevieron á arriesgar una batalla, y Cárlos recobró todas las plazas que habian ocupado. A la vuelta de esta expedicion recibió la embajada del Papa: inmediatamente despachó dos diputados á Roma con el encargo de entregarle magníficos presentes, y hacer algunas representaciones al rey Luitprando sobre sus injustos procederes; pero no pasó mas adelante su intervencion. Extenuado con las fatigas de la guerra y los afanes del gobierno, cayó peligrosamente enfermo, y sintiendo acercarse su fin, dividió el reino entre sus dos hijos Carlomano y Pipino. Al primero, que era el primogénito, le tocó la Austrasia con las provincias mas allá del Rin, y á Pipino la Neustria y el resto de la Francia. Cárlos Martel murió en Querey-Sur-Oise el año 741, despues de haber ejercido la autoridad soberana por espacio de veintiseis, y fué enterrado en la iglesia de San Dionisio cerca de Paris, á la que habia hecho dones considerables. Tambien se ve por las cartas del Papa Gregorio III que habia enviado muchas dádivas á la Iglesia romana; sin embargo, se le acusa de haber usurpado los bienes eclesiásticos para enriquecer á sus guerreros: en efecto, dió gran parte de los bienes de la Iglesia de Auxerre á seis principes bávaros, y las Iglesias de Viena y de Leon estuvieron sin obispos muchos años por haber sido despojadas. San Eutiquio, de Orleans, fué arrojado de su silla porque se oponia con libertad á estas usurpaciones, y en el siglo siguiente se supuso que

(1) Greg. III. *Epist.*—Fredeg. lib. III.—Ann. Met.

el santo obispo habia visto el alma de Cárlos Martel atormentada en el infierno por la expoliacion de las Iglesias. Esta vision se mira generalmente como una fábula; pero prueba á lo menos la realidad de los cargos que dieron margen á su invencion.

El Papa San Gregorio III murió á los pocos dias de Cárlos Martel, y le sucedió Zacarias, de nacion griego, estimado generalmente por su instruccion y virtudes, y que ostentó la bondad de su corazon colmando de beneficios á aquellos que le habian agraviado antes de ser Pontífice. El nuevo Papa envió embajadores al rey Luitprando, y luego fué él en persona á buscarle; y á fuerza de exhortaciones le determinó á restituir las cuatro ciudades que habia ocupado, y á ajustar la paz por veinte años con el ducado de Roma. Tambien alcanzó la restitucion de los patrimonios de San Pedro, algunos de ellos usurpados hacia mucho tiempo, y la libertad de los cautivos hechos en las guerras anteriores. Dos años mas adelante embistió el rey Luitprando la ciudad de Ravena, y el exarca imploró la mediacion del sumo Pontífice, que envió inmediatamente sus legados con presentes para el rey en demanda de la paz. No habiendo logrado esta diputacion el efecto apeteido, pasó el Papa Zacarias en persona al campamento de los lombardos, y venciendo la tenaz resistencia del rey, le determinó á retirar sus tropas y á entregar las plazas de que ya se habia apoderado. Luitprando murió al año siguiente 744: habia reinado cerca de treinta y dos. Aunque hay que imputarle ciertos procedimientos en que los intereses de la religion fueron sacrificados á los de la política; sin embargo, tuvo las virtudes de un buen principe, y se distinguió sobre todo por su piedad y copiosas limosnas. Su sucesor Hildebrando no reinó mas que siete meses, y luego le depusieron los lombardos y eligieron en su lugar á Rachis, duque de Friul.

El emperador Leon el Isáurico, murió el año 741, el mismo que Cárlos Martel y Gregorio III, y le sucedió su hijo Constantino, apellidado Coprónimo, porque habia manchado la pila bautismal mientras su bautismo, y además mereció este cognomino, tanto por sus inclinaciones depravadas, como por sus costumbres disolutas. Era grosero, brutal, impúdico y sanguinario: se jactaba de sus disoluciones, y tenia gusto en restregarse con estiércol y orin de caballo. Era enemigo de Jesucristo mismo y darse á las prácticas de la magia. Sus vicios le habian hecho tan aborrecido, que desde el principio de su reinado formó su enfiado Artabaso un partido considerable contra él. Se divulgó la voz que Constantino habia perecido en un combate con los sarracenos; é inmediatamente el pueblo de Constantinopla manifestó su alegría, anatomizatió á aquel, y proclamó emperador á Artabaso, que restableció el culto de las santas imágenes. El patriarca Anastasio le coronó en la iglesia mayor, y juró públicamente sobre el madero de la verdadera cruz, que Cons-

tantino no creia en la divinidad de Jesucristo, y le miraba como una simple criatura venida al mundo del mismo modo que los otros hombres. Mas al año siguiente volvió Coprónimo con un ejército numeroso, y habiéndose apoderado de Constantinopla, mandó sacar los ojos á Artabaso y á Anastasio, y pasear á este último por el hipódromo en un asno que andaba hacia atrás, según la predicción de San German; pero no juzgó conveniente quitarle la silla, porque estaba seguro de su baja complacencia (1).

Los musulmanes se aprovecharon de estas divisiones para despararrarse por las provincias del Asia menor, de donde arrebataron gran número de cautivos. Poco tiempo antes el califa Hescham había mandado quitar la vida á todos los prisioneros de guerra que no quisieron renegar de su religion. En esta ocasion hubo multitud de mártires, entre los cuales se distinguió Eustaquio, hijo del patricio Marino, por su denuedo, que Dios honró con milagros. Sin embargo, aquel mismo califa tomó cariño á Estéban, monge sirio, recomendable por su piedad, y propuso á los cristianos que le eligieran por su patriarca; y éstos, mirando como un beneficio de la Providencia una disposicion tan favorable, eligieron efectivamente al monge Estéban para la silla de Antioquia, que estaba vacante hacia cuarenta años, por la oposicion de los musulmanes. La Iglesia patriarcal de Alejandria y las otras sillas de Egipto y de la Nubia estaban ocupadas por los jacobitas ó eutiquianos hacia cien años, y los melquitas tenian que recurrir al arzobispo de Tiro para la consagracion de su patriarca. Estos últimos estaban ademas inficionados de la heresia de los monotelitas: pero su patriarca Cosme abjuró este error con todo el pueblo, se mostró celosísimo defensor del culto de las imágenes, y consiguió órdenes del califa Hescham para la restitucion de la Iglesia patriarcal y de las demas ocupadas por los jacobitas. La silla de Jerusalem despues de una larga vacante, se proveyó en un patriarca llamado Juan, cuyas virtudes y doctrina han merecido los elogios de San Juan Damasceno.

Tambien hubo muchos mártires bajo el reinado de Walid II, que sucedió á su tio Hescham el año 743. Mandó cortar la lengua á Pedro, metropolitano de Damasco, porque combatia los errores de los musulmanes y maniqueos, y luego le envió desterrado á la Arabia. Habiendo caído enfermo Pedro de Mayume, fué visitado por los magistrados árabes, con quienes tenia relaciones como director de los tributos, porque aquellos dominadores ignorantes se veian obligados muchas veces á cometer los cargos píblicos á los cristianos. "Pido á Dios, les dijo, que os recompense vuestra amistad hacia mí, y quiero que seais testigos de mi testamento, que es éste: cualquiera que no cree en el Padre, en el Hijo, en el Espíritu Santo, en la Trinidad consustancial, se hace digno de los suplicios eter-

(1) Theop. Chron.—Nieceph. Brev. Hist.

nos, como Mahoma, vuestro falso profeta, precursor del Anticristo." Así les estuvo hablando mucho tiempo, y ellos le escucharon tranquilamente, porque le miraban como un enfermo delirante; pero cuando sanó, como continuase combatiendo el Coran, le cortaron la cabeza.

Walid fué muerto á los quince meses de reinado, y su muerte dió lugar á turbulencias que duraron muchos años, y produjeron al fin un cambio de dinastía. Abdalla, llamado Abul-Abbas, hizo que le proclamaran califa en Arabia el año 749, y despues de apoderarse al siguiente de la Siria y del Egipto, mandó quitar la vida al califa Mirwan y á los otros miembros de la familia de los Omniadas que reinaba desde Moavia. Solo Abderramen, nieto del califa Hescham, logró escaparse á España, donde tomó el título de Emir. Al-Mumenin, es decir, príncipe de los fieles. Así el califato quedó dividido como el imperio musulmán, y mientras que la dinastía de los Omniadas se mantenía en Occidente, pasó la soberanía de Oriente á la familia de los Abbassidas que descendía de Abbas, tio de Mahoma. Durante estas guerras civiles, el emperador Constantino quitó á los musulmanes muchas ciudades de Siria, cuyos habitantes trasportó á Constantinopla ó á la Tracia, y luego puso otra vez toda la Armenia bajo la potestad imperial (1).

Los sarracenos de España, debilitados por las pérdidas que habian tenido en Francia, veian tambien que de dia en dia se iban estrechando los limites de su dominacion con las conquistas de los cristianos refugiados en Asturias. Alfonso, llamado el católico, entre otras Lugos, en Galicia, Braga, en la Lusitania, Salamanca, Astorga y Leon. Pasó á degüello todos los sarracenos que las habitaban, y trasportó los cristianos á su reino; de modo, que aquellas ciudades quedaron desiertas; pero despues repobló algunas, edificó ó reparó muchas iglesias, y puso un obispo en Leon. Murió Alfonso el año 757, á los diez y ocho de reinado. En el resto de España se mantenía el cristianismo bajo la dominacion de los árabes, y puede juzgarse del estado en que se hallaba, por una acta de salvaguardia que dieron dos generales sarracenos á los habitantes de Coimbra y de las inmediaciones, en el año 734. Dice este documento, que los cristianos pagarán doble tributo que los musulmanes, y ademas cien libras de peso de plata por una catedral, veinticinco por cada una de las otras iglesias, y cincuenta por un monasterio; que tendrán un magistrado cristiano en Coimbra y otro en Agreda para que les administren justicia: que podrán establecer otros juoces en los lugares pequeños; pero que ninguna sentencia de muerte podrá ejecutarse hasta que recaiga la confirmacion del juez árabe; y que si un cristiano entra en una mezquita ó habla contra Mahoma, se-

(1) Elmac. lib. II.—Roderic.—Theoph.

rá precisado á hacerse musulman, pena de muerte. Los sacerdotes no dirán misa sino á puerta cerrada, pena de diez libras de plata. Añádese que el monasterio de Lorban no pagará nada, porque sus monjes muestran de buena fé la caza, y reciben bien á los musulmanes (1).

Habiendo arreglado San Bonifacio los asuntos de la Iglesia de Baviera, volvió á su mision ordinaria y erigió tres obispados nuevos, uno en Buraburgo para la Hesse, otro en Erfort para la Turingia, y el tercero en Wurzburg para la Franconia. Se lo participó al Papa Zacarías en una carta que le escribió consultándole sobre diversos puntos de disciplina, y pidiendo instrucciones para la celebracion de un concilio que se proponia congregar en sus Estados el príncipe Carlomano, porque hacia mas de ochenta años que los franceses no habian tenido concilios, ni arzobispos, de donde habian resultado muchos y graves abusos; de suerte que las mas de las sillas episcopales estaban entregadas como bienes profanos á legos avaros, á clérigos licenciosos ó á arrendadores públicos. Estos son los términos de la carta de San Bonifacio, que solo debe entenderse de las dos provincias germánicas de este lado del Rin, donde no habia habido metropolitano desde San Amando, obispo de Worms.

El Papa Zacarías aprobó la ereccion de los tres obispados nuevos y la celebracion del concilio, añadiendo que debia entredescirse de toda funcion á los obispos, presbíteros y diáconos que hubiesen caído en el adulterio ó en la fornicacion, que hubiesen derramado sangre de cristianos ó de infieles, ó que hubiesen incurrido en otras irregularidades declaradas por los cánones. Algunos de aquellos obispos y sacerdotes disolutos que habian tenido hijos despues de ordenados, suponian haber sacado permiso en Roma para ejercer sus funciones. "No creais á esos impostores, dice el Papa, y proceded contra ellos con todo el rigor de las leyes canónicas." Acerca de que un lego de distincion suponía haber obtenido dispensa del último Papa para casarse con la viuda de su tío, que ademas era su parienta en tercer grado, y habia hecho voto de castidad antes del matrimonio, responde el Papa Zacarías: "Dios nos libre de creer que nuestro predecesor haya concedido semejante permiso. De la Santa Sede no procede nada que sea contrario á los cánones. En cuanto á las supersticiones del primer día del año, los agüeros y otras observancias paganas que decís se practican en Roma cerca de la iglesia de San Pedro, sabed que la Santa Sede no ha cesado de condenarlas; y porque se renovaban bajo nuestro pontificado, las hemos suprimido todas, á ejemplo de Gregorio nuestro predecesor, por medio de una constitucion de que os enviamos copia." Por estas consultas y respuestas se ve qué impresion producía en aquellos bárbaros el ejemplo de lo que se practicaba en Roma, y por qué

(1) Sandov. Hist.—Sebast. Salmant.

San Bonifacio interponía la autoridad de la Santa Sede para con ellos. Como pensaba en nombrar su sucesor, el Papa le respondió: "No podemos consentir que en vida vuestra se elija un obispo en vuestro lugar, porque es contra todas las reglas; pero á la hora de la muerte podreis designar vuestro sucesor á presencia de todo el mundo, y vendrá aquí á consagrarse. En esto os concedemos lo que negariamos á otro cualquiera."

El concilio propuesto por Carlomano se reunió en Abril, y concurrieron á él cinco obispos á mas de San Bonifacio, á saber: San Burchardo, de nacion inglés, primer obispo de Wurzburg, San Vilibaldo, elegido primer obispo de Eichstätt en el año anterior, Dadan, sucesor de San Vilibrordo en la silla de Utrecht, Vitta, obispo de Buraburgo, y Adda, de Strasburgo. Se mandó tener todos los años un concilio para la reforma de los abusos, y restituir á las Iglesias los bienes que les habian sido arrebatados, y se tomaron otras muchas disposiciones, concernientes las mas á la conducta de los clérigos. Se les prohibe llevar armas, pelear é ir á la guerra, á no ser que sean elegidos para desempeñar las funciones de su ministerio cerca del príncipe ó los soldados, ó como se expresa el concilio, para decir misa y oír la confesion. Tambien se les prohibe cazar ó correr los bosques con perros, y tener gavilanes ó alcones. Los sacerdotes culpables de fornicacion, despues de ser azotados hasta derramar sangre, serán encerrados por dos años para hacer penitencia á pan y agua. Los otros clérigos y monjes tomarán tres disciplinas y serán encerrados por un año. Todos los sacerdotes estarán sujetos al obispo diocesano, y cada año por la cuaremas deberán sufrir un exámen y dar cuenta de su fé y de su ministerio. Los obispos y sacerdotes desconocidos, de cualquiera parte que procedan, no podrán ejercer sus funciones sin la aprobacion del obispo y su consejo. Los sacerdotes y diáconos no deben llevar capas como los legos, sino solamente la castilla, que era entonces su vestidura ordinaria. Se prescribe á los monges y monjas que sigan la regla de San Benito. Por último, se manda á los obispos que con auxilio del conde extingan entre los fieles todas las supersticiones paganas, los agüeros, las suertes, la adivinacion, los sacrificios, las víctimas, las hogueras y otras ceremonias semejantes practicadas en honor de los mártires cerca de las Iglesias (1).

El Papa Zacarías confirmó los decretos de este concilio en una carta dirigida á todos los franceses, en la que los felicita por haber echado á los sacerdotes cismáticos, homicidas y concubinaros, añadiendo que si tienen pastores exentos de crímenes y obedecen en

(1) La convocacion de este concilio es el primer acto público en que se usa la era de la Encarnacion, adoptada por Dionisio el Pequeño en el ciclo pascual. Antes se ponía la fecha de los años del monarca reinante. Tambien se da por primera vez en este concilio el titulo de capellan á algunos de los clérigos agregados á la servidumbre del príncipe.

todo á Bonifacio, legado de la Santa Sede, conseguirán no solamente las recompensas de la otra vida, sino tambien en esta la victoria sobre los infieles. Habiendo recibido San Bonifacio cartas de Cutberto, arzobispo de Cantorbery, por este mismo tiempo, le comunicó sus decretos añadiendo lo siguiente: "Hemos mandado que se lean los cánones en el concilio que debe tenerse cada año, y que el metropolitano vigile sobre los otros obispos, y les advierte que á la vuelta del concilio rennan á los sacerdotes y abades de sus diócesis para encarzarles la observancia de dichos cánones; y por último, que cada obispo dé cuenta al concilio de los abusos que no haya podido corregir." Después le hace algunas advertencias, y manifiesta que las peregrinaciones de Inglaterra á Roma eran muy peligrosas para la virtud de las mugeres, la mayor parte de las cuales se dejaban corromper en el camino; de modo que en pocas ciudades de las Galias, de Francia y de Lombardía dejaba de haber alguna Iglesia prostituida. Tambien le exhorta á predicar enérgicamente contra los legos que se apoderaban de los monasterios, y se queja del lujo que comenzaba á introducirse en las casas religiosas.

Conforme á los estatutos del concilio precedente, el príncipe Carlomano convocó uno el primero de Marzo del año 743 en Liptine, residencia real en el país de Cambray; le presidió San Bonifacio con otros dos legados del Papa. En él se resolvió que en razon de las guerras presentes y para atender á la manutencion de las tropas, podría el príncipe retener y dar por tiempo y á título de censo una parte de los bienes eclesiásticos, con la condicion de pagar una renta anual á la Iglesia ó al monasterio, y de restituir á las Iglesias pobres todos sus bienes y rentas. Se prohibió vender esclavos cristianos á los paganos: se confirmaron los antiguos cánones tocante á los impedimentos del matrimonio; y por último, se redaron con pena de multa las supersticiones paganas, de las que se hace una larga enumeracion, que da á conocer el indole y costumbres de aquellos bárbaros. Algunas fórmulas que se hallan en seguida de los cánones, pueden dar tambien una idea de la lengua alemana en aquella época.

En el año 744 tuvo tambien el príncipe Pipino un concilio en Soissons para las provincias de su obediencia; se hallaron en él veintidos obispos presididos por San Bonifacio, y asistió Pipino en persona con los principales señores. Se tomaron poco mas ó menos las mismas resoluciones que en los concilios de Germania. Fue condenado el herege Adalberto, de quien hablaremos en seguida. Se instituyeron obispos en las sillas vacantes ó usurpadas, particularmente en las provincias de Sens y de Reims, y fueron nombrados metropolitano de estas dos ciudades Abel y Ardoberto, para quienes pidió San Bonifacio el palio; pero el primero no pudo tomar posesion de la Iglesia de Reims, donde se mantenía todavía el usurpador Milon, que segun hemos visto, sustituyó á San Rigoberto.

San Bonifacio dió cuenta al Papa Zacarias de lo que se habia hecho en este concilio, y de allí á poco tiempo le nombró el Pontífice legado de la Santa Sede en todas las Galias.

Otro concilio celebrado al año siguiente en los Estados de Carlomano, condenó de nuevo al impostor Adalberto y á otro herege llamado Clemente, y depuso á Gevilib, obispo de Maguncia. Habia sucedido éste á su padre Geroldo, obispo guerrero que fué herido de muerte en un combate con los sajones; tambien él tomó las armas contra estos bárbaros, y habiendo atraido al matador de su padre á una conferencia, le mató de una estocada. Nadie vituperó esta atroz perfidia, y Gevilib continuó desempeñando las funciones episcopales. Pero en cuanto lo supo San Bonifacio, hizo que el concilio le condenara, y Gevilib, después de resistir algun tiempo, viendo que la autoridad secular apoyaba la determinacion de la eclesiástica, tomó el partido de someterse, y luego abandonó á la Iglesia cuanto poseia, á excepcion de una heredad donde vivió catorce años en el retiro y la práctica de buenas obras.

San Bonifacio escribió al Papa Zacarias, rogándole que confirmara las decisiones de estos concilios, y señaladamente la condenacion de los hereges Adalberto y Clemente, cuyo error le manifestó. Adalberto, galo ó francés de origen, fingia haber recibido su mision de Jesucristo mismo, y enseñaba á sus secuaces una carta que aseguraba haber caido del cielo en Jerusalem, y unas reliquias que le habia llevado un ángel desde las extremidades del mundo, segun él decia, añadiendo que por su medio podia conseguir de Dios todo lo que le pidiese. Primeramente sedujo á gran número de aldeanos con sus artificios y falsos milagros, y luego habiendo ganado á fuerza de dinero algunos obispos ignorantes y vagabundos que habian conseguido consagrarse sin tener asignada ninguna silla, abandonaba las antiguas iglesias con desprecio, y levantaba cruces ó edificaba oratorios en el campo, donde se reunia en tropa el pueblo para venerarle como un santo. Se comparaba á los apóstoles, consagraba iglesias en honor de él, repartía sus propias uñas y cabellos como reliquias, y decia á la multitud que iba á postarse á sus pies para confesarse: "Conozco vuestros pecados mas secretos sin necesidad de que os acuseis de ellos: volved en paz á vuestras casas, y estad seguros de que os son perdonados."

Clemente, de nacion escocés, desechaba la tradicion y la doctrina de la Iglesia, desechaba las decisiones de los concilios y las explicaciones de los Padres, aprobaba los matrimonios contraidos entre parientes, á pesar de la prohibicion de los cánones, y sostenia que Jesucristo al bajar á los infernos, habia librado á todos los condenados sin exceptuar á los idólatras. Hacía una vida escandalosa como Adalberto, y aunque habia tenido dos hijos adúlteros, no por eso dejaba de arrogarse el derecho de ejercer las funciones episcopales. Estos dos hereges, endechos y privados del sacerdocio